

## Capítulo I

### La unión del Norte

Los lastrios lograron, no sin esfuerzo, lo que muchos pueblos anhelan pero rara vez consiguen. Dejaron atrás las vanidosas cadenas que entorpecían su progreso y, como consecuencia de ello, Harsi había dejado de ser la capital decrepita y ruinoso que los ejércitos sureños arrasaron un siglo atrás. El esfuerzo de los súbditos, regidos por una corta pero eficaz serie de monarcas competentes, devolvió el esplendor a la gran urbe de Lastria, lo que obtuvo su reflejo en el resto del país. Hacía ya varios días que la ciudad se engalanaba para acoger el acontecimiento más relevante y solemne de su historia moderna. No en vano, el monarca del resucitado reino vecino, Clovis de Varnia, poseedor de los ejércitos más fieros y numerosos del continente, firmaría una alianza con el rey Novalis III de Lastria. Un acuerdo que garantizaría la formación de un bloque septentrional fuerte y compacto, capaz de rivalizar con los potentes pero recelosos pueblos del sur. Aquel día pues, la historia del Norte cambiaría para siempre.

No había lastrio que no deseara participar en el que prometía ser el acontecimiento más jubiloso de sus sacrificadas vidas. Todos los súbditos, eufóricos y optimistas, colaboraban según sus posibilidades en el embellecimiento de la ciudad. Las mujeres limpiaban y adornaban con esmero todos los rincones de cada calle; los niños ayudaban a los hombres en diversas tareas de mampostería y arreglo. Los perfumistas rociaban las calles con sus mercancías, mientras que los artesanos y pequeños comerciantes exponían lo mejor y más variado de sus existencias. Soldados de diverso rango bruñían las armaduras y afilaban con dedicación sus armas. Pero era en la vía Regia, la gran avenida de la ciudad, donde el afán por el decoro alcanzaba su máxima expresión. Por allí habían de desfilar los varnios, ya que dicha arteria conectaba directamente las puertas de la ciudad con el palacio real. Así pues, no era de extrañar que esa interminable avenida presumiera de los

ornamentos más llamativos de la corte. Desde bermejos estandartes con el escudo heráldico de la familia real hasta immaculados toldos que cruzaban la calzada para aliviar la terrible lluvia de calor que arrojaba el sol. Un sol sempiterno en aquellas tierras; bello, poderoso, mas terrible. Incluso se esparcieron innumerables pétalos de rosa a lo largo de todo el piso, recreando una alfombra carmesí de agradable fragancia.

Desde las azoteas del palacio real, conocido desde su construcción como el Yelmo Rojo dada la forma abovedada y cilíndrica del mismo, apenas podían distinguirse los límites de la ciudad, acotados por robustas murallas. Dafis y Turel Galba, los hijos mayores del rey Novalis, oteaban el horizonte con sus uniformes de gala.

—¿Para qué tanto adorno? Ni uno de esos infelices es consciente de lo que le va a ocurrir hoy a su reino —exclamó con gesto avieso el primogénito Dafis—. ¿A quién creen que van a impresionar con tanto decoro? A esas bestias de Varnia sólo les mueve la sangre y la muerte.

—Precisamente, hermano, cualquier intento de adular a un imperio muerto y comerciante de humo como el nuestro resultaría poco menos que absurdo —contestó con sorna Turel—. Si algo esperamos del día de hoy no es que nuestros invitados nos agasajen o rindan pleitesía por estas formidables construcciones o por el dudoso gusto de los súbditos, sino más bien que nos tiendan la mano... y la espada.

—¿La mano? La zarpa de alimañas, más bien. Si el rey claudica ante los varnios, el linaje caerá en la deshonra. Confío en que la alianza de nuestro padre no consista en arrodillarse ante una jauría de perros domados por ese caudillo albino. Lastria ha de estar por encima —calló unos segundos—. Su silencio es tan desconcertante... Ni siquiera a mí, el heredero, me ha desvelado sus intenciones.

—¿Realmente te es necesaria una confesión para adivinar el proceder del gran Novalis el Sabio? ¡Hermano! Tres décadas hace ya que gobierna estas tierras y ninguna de sus medidas y decisiones ha supuesto un error o desgracia para el reino. ¿Por qué modificar el discurso ahora? ¿Por qué variar sus acciones precisamente cuando lo que tú llamas imperio más necesita el temple de su líder? No

esperes ningún tipo de arrogancia o soberbia por parte del rey. Estamos en manos de los varnios y miles de sus soldados dormirán durante los próximos días en el corazón de Harsi —se recogió la capa y dirigió sus pasos al interior del palacio—. Prepárate, mi querido hermano, hoy podrás ver con tus propios ojos cómo tu futuro imperio olisquea la real entrepierna del albino más poderoso del mundo conocido.

Dafis siguió con la mirada perdida por las calles de la ciudad por unos segundos más, luego siguió a su hermano rumiando maldiciones.



El artista había ponderado más al caballo que al jinete caído. A pesar de la inusitada extensión del cuadro, nada del paisaje, oscuro y gris, seducía a la vista. La luz que irradiaba el animal producía un intenso sentimiento de solidaridad. Una solidaridad nacida de la yuxtaposición de emociones que el pintor había logrado reflejar en la figura solitaria de la bestia, huérfana de amo. Los ojos, apenas dos puntos de pintura negra en el mar grisáceo del lienzo, llamaban la atención por su triste y amorosa representación. Una mirada más propia de un hombre que ve a un compañero caído. El artista debió de haber sido un genio, un infeliz o un soldado.

—El mejor compañero no es siempre con quien compartes tus secretos —dijo Novalis, ataviado con las ropas más opulentas de su vestuario—. Es curiosa la forma en que las bestias nos muestran el camino. Su carencia de maldad ya la desearía más de un filósofo para los hombres. Me pregunto quién no ha anhelado en algún momento, por breve que fuera, ser caballo, lobo o águila.

—Cualquiera diría, majestad —respondió Azos socarronamente dejando de observar el lienzo—, que las lecturas nocturnas y los tratados que dictáis a altas horas de la madrugada han hecho del gran rey de Lastria un pensador con la cabeza llena de aire. En tal caso, pido vuestro permiso para desertar al bando enemigo y rebanarle el cuello al nuevo erudito.

Novalis rió, dejando entrever la deserción de algunos de sus dientes. El tiempo derriba

lentamente hasta las más regias estatuas.

—Creo que va siendo hora de que te reúnas con tus hermanos.

—Todo está dispuesto, entonces —respondió Azos como para sí—. Confieso que no he logrado conciliar el sueño esta noche. Hoy resurgiremos, ¿no es cierto, majestad? —preguntó excitado.

—¿Resurgir? Difícil concepto has elegido.

—No cabe duda, y hablo como capitán del ejército, que la resurrección del imperio se ha de rubricar en este glorioso día, a pesar de algunos rumores infectos. Hay dudas sobre vos, majestad. Pero en ningún momento yo...

—Azos —interrumpió con autoridad Novalis—. Yo no soy un dios. De hecho, soy consciente de que en los combates donde se dirimen los destinos de millares, poseo menos poder que cualquiera de mis lanceros. Los tiempos cambian, y lo que esta misma mañana, con la salida del sol, era válido, no tiene más remedio que evolucionar. Hablas de resurrección, como si el paso de los años fuese segmentado. No es así en absoluto. Nos hallamos en un bucle constante y sin etapas. No hay principios y no hay finales. Sólo hay evoluciones. Cuando subí al trono, Harsi era la mitad de lo que es hoy. Éramos débiles y nuestro pueblo padecía la terrible lacra del hambre. Ahora, en cambio, recibimos la visita del ejército más poderoso jamás visto por el hombre para aliarnos con él como hermanos. Pero ni aun así soy digno de compararme con los grandes reyes del pasado. Nada tiene que ver con entonces. Ni el reino ni su rey son los mismos. Algún día desapareceré y sólo quedará polvo bajo mi corona. Será en ese momento cuando el tribunal de la Historia me juzgue y me coloque en el lugar que me corresponda. Resurrección. Ese concepto es tan vago e irreal para mí como un cuento para niños.

El rey hizo una pausa para tomar aliento. Seguidamente preguntó:

—Dime, Azos, ¿recuerdas el mito del rey Turgelad?

El capitán movió la cabeza, sin comprender muy bien cómo aquella conversación había variado tanto en apenas unos minutos.

—Turgelad, uno de los primeros reyes de la anterior dinastía, acabó con sus enemigos en el

pasado gracias a la espada de Ulfgan, demonio del fuego. La legendaria espada era terrible, capaz de derribar a más de una treintena de soldados de un solo mandoble. Sin embargo, el trato con Ulfgan condenaba a Turgelad a sufrir una cruel quemadura por cada enemigo abatido hasta consumir su alma mortal. El rey triunfó sobre sus enemigos, sin duda, pero acabó sometido y desquiciado por el demonio

—Lo lamento, majestad, me pudo la emoción —respondió Azos, sorprendido por el severo discurso y la extraña referencia mitológica—. No es a mí quien corresponde valorar los hechos de palacio. Confío en que sepáis perdonarme.

—Azos, mi magnífico Azos...—respondió el otro con ternura, abandonado cualquier atisbo de severidad.

El capitán entendió que era momento de marcharse y salió con paso decidido de la sala, dejando al rey solo con el cuadro y sus pensamientos. Una última mirada hacia atrás reconoció al monarca, siempre emanante de poder, ahora decrepito, vencido por su propio cuerpo. Azos siguió su camino.



A pesar de la impresión inicial, el capitán sólo tardó unos segundos en olvidar las inconexas palabras del rey. Mientras descendía con celeridad por las escaleras circulares de palacio notaba cómo la sangre le bombeaba con fuerza; no obstante se trataba del momento que había estado esperando durante toda su vida. Hasta entonces sólo tuvo oportunidad de demostrar su valía enfrentándose a nómadas y ladrones del desierto. Lo que ahora se avecinaba era una guerra, la más grande de todos los siglos, y él ocuparía un puesto en primera línea. Tendría como aliados a los Maestros varnios y podría así satisfacer su anhelo inconfesable, que no era otro que disfrutar de la oportunidad de superar a aquéllos. Más aún que el gran Quinto, pues, ¡qué demonios!, al fin y al cabo era antes varnio que leyenda. “Yo seré el espejo en el que todo soldado desee mirarse a partir de ahora”, pensó. Se acordó de su padre, un simple y humilde artesano del mimbre en el barrio

pobre de Harsi, ahogado en vino cuando Azos era sólo un niño; un zagal que, por cierto, ya despuntaba en el manejo de la espada. “Es curioso”, pensaba el capitán, “lo cruel que puede llegar a ser el destino. Condenando a un hombre a malvivir de una ocupación penosa mientras que a sus vástagos se les tiene preparada la gloria. Ni siquiera vivió lo suficiente para poder ver en lo que me he convertido”. Azos no pensaba en su padre con nostalgia o compasión, sino más bien con cierto desprecio. Recordaba poco de él, un gris personaje siempre con aire lacónico y sin más herramientas de trabajo que sus propias manos y el eterno mandil mugriento que le caía hasta las rodillas. No se sentía precisamente orgulloso de sus orígenes. Además, su madre murió al darle a luz y su figura ocupaba el mismo lugar en su memoria que cualquier anónimo personaje de la ciudad. Y así, a lo largo de los años, fue alimentando un sentimiento de repulsa hacia el pasado que acabaría convirtiéndose en un firme deseo por borrar cualquier atisbo de vida anterior a los cuarteles, lugar donde se formó como hombre y soldado. Resultaba irónico que la muerte del ser que supuestamente más debería haber amado y respetado, su padre, le acabara abriendo las puertas de su nueva vida y, consecuentemente, de la grandeza. No recordaba cuánto tiempo transcurrió desde que el viejo artesano dejó de ser un pusilánime estorbo hasta que, como otros tantos niños de modesta procedencia, fue reclutado en las escuelas militares. Sus férreos educadores, temidos por la mayoría de los compañeros pero profundamente admirados por él, enseguida se percataron de sus innatas cualidades de mando. Hubo dos personajes a los que siempre consideró iguales: Dafis y Turel, los hijos del rey. A diferencia del resto de jóvenes inquilinos, los príncipes estaban allí como parte de su formación aristócrata. La mayor desigualdad entre unos y otros radicaba en que la preparación intelectual de los hijos del rey resultaba muy superior. A pesar de los rumores entre los menos aptos, nunca recibieron un trato más benévolo por tratarse de quienes eran; más bien todo lo contrario: Dafis y Turel sufrieron la más estricta disciplina. En cuanto a Azos, nunca le importó la procedencia de los demás o el color de su sangre, se sabía superior a la media y no se andaba con remilgos a la hora de demostrarlo. Fue ese prurito lo que le abrió finalmente las puertas de palacio. El rey Novalis oyó hablar de él, a los educadores y a sus hijos, y muy pronto se encaprichó con el

cada vez menos niño Azos. Lo adoptó y, si bien no interferiría en la línea sucesoria del reino, a partir de entonces fue tratado con los mismos privilegios que el resto de la familia real. ¿Quién lo iba a decir?

De pronto, a falta de un par de escalones para llegar a la planta de destino y mientras seguía reflexionando sobre su tortuosa vida, una vieja obsesión volvió a abordarle. “¿Por qué sigo sin acordarme de la reina?” Áurea, esposa de Novalis y madre de Dafis, Turel, Karac y Mithra, falleció doce años atrás, apenas dos después de haber dado a luz a la pequeña de la familia. Sabía que era una mujer querida por el pueblo, versada en decenas de artes y mano derecha del rey, quien no ocultaba su devoción por ella. También era una mujer conocedora de su posición y a la que no le temblaba el pulso si se demandaba firmeza y determinación. Su muerte, a causa de unas fuertes fiebres tras beber agua helada en un día de sofocante calor, sumió al rey en una profunda nostalgia que sólo consiguió superar en parte gracias a su hija, vivo reflejo de su progenitora. Se decretaron tres meses de luto en todo el reino y el pueblo lloró sinceramente su pérdida. Sin embargo, Azos no lo recordaba. No recordaba nada. Reconocía su rostro por los cuadros y tapices de palacio, pero no se acordaba de ninguna conversación, anécdota o trato con ella. ¿Por qué? ¿Por qué era incapaz de recordar siquiera ni un solo día de luto por Áurea? Alguna vez pensó en hablarlo con sus hermanos, sobre todo con Dafis, con quien tenía más afinidad, pero siempre descartaba la idea. El temor a que le tacharan de loco podía más que su curiosidad.

—Sus majestades los príncipes le esperan en el Salón de Oro, señor.

Una voz de anciano le sacó de sus cavilaciones. Era uno de los mayordomos de palacio, hombre enjuto y eficaz que tenía la dudosa virtud de andar sin hacer ruido.

—¿Señor? —insistió el mucamo.

—Sí... ya voy —respondió disgustado.

Dirigió sus pasos hacia el Salón de Oro, llamado así por la gran cantidad de elementos dorados que decoraban la habitación. Fue concebido para recibir a diplomáticos; no obstante, como Lastria

llevaba aislada casi un siglo, ahora solamente recibía a pocos representantes religiosos o tribales para tratar asuntos apenas relevantes. Entró en el Salón donde, en efecto, aguardaban sus hermanos. Dafis, Turel y Karac conversaban cerca de un ventanal mientras que a Mithra le daban los últimos retoques sus damas de cámara, dirigidas por una estricta aya.

—Ya pensábamos que no vendrías —exclamó el joven Karac, entusiasmado.

—Lo primero que ha de hacer un buen vasallo es saludar a su emperatriz —contestó Azos dirigiéndose hacia Mithra sin mirar a sus hermanos. Posó una rodilla en el suelo y besó las mejillas de su hermana.—Estos tres no saben la suerte que han tenido de que hayas nacido mujer. Yo mismo los mandaré a trabajar a los establos para que no te importunaran con sus idioteces.

Mithra rió el comentario. Era una niña tímida y discreta, poco habladora pero de ademanes encantadores. Además de una indiscutible belleza natural, la joven era ataviada con ropajes de finísima calidad, los mejores del reino, pues su padre bien se preocupaba de que Mithra no sólo fuese su luz personal, sino la de todo el pueblo. Una Áurea rediviva. En esta ocasión vestía un brial celeste, adornado con varias alhajas y una diadema del tamaño justo para realzar sus dulces rasgos.

—Estás guapo —se limitó a responder.

—Y terriblemente incómodo también, pero si a ti te gusta, no me cambiaré de vestimentas en todo un año. Incluso si tu aya me manda al baño amenazándome con un atizador, resistiré por ti.

La niña sonrió colorada.

—Capitán, la princesa Mithra ha de reunirse con el rey antes del desfile —señaló el aya con gesto imperturbable aun habiendo oído el comentario.

—Te veré más tarde, entonces.

Mientras la niña salía de la estancia, el capitán se incorporó y observó a sus hermanos. Se fijó en el adolescente Karac, bisoño en actos de diplomacia. Se le veía incómodo con la casaca roja que le habían abrochado inmisericordemente. Además, los pantalones blancos le quedaban demasiado ceñidos, a juicio de Azos, y las botas negras brillantes parecían más forjadas en hierro que cosidas en cuero.



—¿Nervioso? —le preguntó.

—Lo estaría menos si no fuese por este martirio de ropa —dijo rascándose el cuello—. No sé por qué vamos vestidos como bufones.

—Porque la masa se hipnotiza con este tipo de cosas —respondió Dafis sin desviar la vista de un ventanal—. Cierto es que no contamos con los mejores ejércitos, pero mucha falta no nos hacen para controlar el reino. Te sorprendería la eficacia con la que un buen uniforme hace más por tu reputación y el orden que una nutrida mesnada de lanceros. Sin embargo, los varnios... ellos son distintos. No creo que les provoquemos ningún tipo de respeto con nuestras mejores galas.

—Esa gente empieza a batallar desde que son vomitados por sus madres —señaló Turel—. Son gentuza que no detiene sus puñales ante ropas de lino. ¿Acaso no existían ciudadanos civilizados y opulentos en las ciudades fronterizas cuando las arrasaron durante las Guerras del Kastos?

—Lo cierto es que se trata de un pueblo peculiar —comenzó a decir Azos—, y dentro de éste asistimos a la explosión de una generación excepcional. Los varnios siempre se han caracterizado por ser hoscos y terribles guerreros. Precisamente esa belicosidad les ha impedido hallar una unidad fuerte. De hecho, los aladanos estuvieron cerca de exterminarlos en la guerra. Y eso que por cada sureño había cuatro del norte. Pero ahora es diferente. Clovis y el difunto Krum, su padre, han conseguido unir a todas y cada una de las tribus del país.

—Con los cinco Maestros cualquiera es capaz hasta de juntar lobos con ovejas —señaló Karac.

—Dirás mejor cuatro, Quinto apenas participó en la reunificación —apuntó Dafis.

—No lo sabía. —contestó el otro ligeramente ruborizado.

—Quinto desapareció hace unos años, y nadie supo a dónde fue ni qué hizo. Sí es cierto que ayudó activamente a Krum a unir todo el oeste, pero de repente, dejó a los otros cuatro al mando del ejército y se esfumó. Algunos decían que había muerto; otros, que marchó a las lejanas tierras occidentales en busca de sus orígenes. Ya sabéis lo que se rumorea por ahí. Incluso hay quien asegura que cruzó el Confín del Norte. Todas las especulaciones, como puedes comprobar, faltas de fundamento y del todo ridículas.

—Ahora ha vuelto y tiene a todo su país natal reunificado y a sus pies. Ah, también está al mando de todas las tropas de nuestros amados salvadores —añadió Turel con cinismo.

—Ciertamente es un personaje extraño ese Quinto —caviló Azos en voz alta—, pero, ¿qué varnio no lo es? Los otros cuatro también son objeto de las más variopintas historias para amedrentar la moral de la tropa enemiga. No dudo en absoluto de sus aptitudes, sus hechos hablan por sí solos; mas me pregunto si serían tan eficaces sin esa aura de leyendas aterradoras.

Dafis miró a Azos fijamente a los ojos y con seca voz aseveró:

—Una vez los vi. A uno de ellos, mejor dicho, hace tiempo. Cuando marché a la frontera, a Damos, con nuestro padre para asegurarnos de que no tenían intención de violar nuestras fronteras. Conocí al que llaman Nihab, pues el resto estaba desperdigado por toda Varnia sofocando los últimos empujes de los detractores de Clovis. Allí pude comprobar el respeto y la lealtad de sus tropas. Bien quisiera yo contar con la misma fidelidad de mis hombres que esos generales algún día.

Quedaron en silencio, reflexionando sobre las palabras de Dafis, cuando el mayordomo de palacio les emplazó a reunirse con el rey.

—Por fin veremos quiénes son esos semidioses capaces de amedrentarte, heredero. —dijo Azos con el orgullo picado.



La gran avenida principal era un río de gente entusiasmada. Para facilitar el desfile de los aliados, un cordón de soldados separaba en dos a una masa cada vez más numerosa. Podría decirse que todos los lastrios estaban allí, a pesar del inclemente sol y el bochorno agobiante. Desde los nobles caballeros hasta el más humilde palafrenero, nadie escatimaba en vítores y aplausos hacia la familia real. Novalis saludaba al pueblo con parsimonia, sentado en un trono dorado y brillante; a su diestra, Azos y Dafis; y a la siniestra, Turel y Karac, todos en pie con pose gallarda y arrogante. La pequeña Mithra estaba un poco más retrasada, en segunda línea, bajo la incansable y protectora

mirada de su anciana aya. También en segundo plano se encontraban los generales y capitanes del rey, así como los sacerdotes de palacio. Hombres más curtidos en mil y una gestiones para la reconstrucción del reino que en los campos de batalla. Al poco apareció de entre ellos el heraldo real, un espigado y rubio hombre de mediana edad que vestía una librea impoluta. Se posicionó junto a la familia real. Con su característica y modulada voz, anunció:

—Pueblo de Harsi, hoy es un día glorioso para nuestra bien amada patria. Hoy es el día en el que veremos renacer un nuevo espíritu entre nosotros. Un espíritu que nos devolverá el cetro que nos fue arrebatado hace siglos. Los pérfidos reinos meridionales pagarán un alto precio por el daño ocasionado a nuestro noble país y al de nuestros hermanos varnios. Hoy, conjuntando nuestras fuerzas y conocimientos, dará comienzo la reconquista de las tierras del sur, tan vilmente usurpadas en el pasado. Nuestro rey ha querido invitar a todos los lastrios a hacer historia. Estad atentos, lastrios, hoy seréis vosotros los que marquéis el principio del fin de los demonios que habitan más allá de las aguas del Kastos. ¡Gloria al rey Novalis! ¡Gloria a la familia Galba! ¡Gloria a Lastria!

A duras penas se escucharon las últimas arengas del heraldo, pues la muchedumbre rompió en ensordecedores y desaforados halagos. Los padres alzaban a sus hijos pequeños para que aplaudieran como cualquier otro; los jóvenes, poco acostumbrados a este tipo de ceremonias, se entusiasmaban con la solemnidad del momento; en cuanto a las mujeres, muchas eran las que lanzaban flores y atrevidos elogios a los príncipes, en especial al bello Turel, quien no parecía sentirse incómodo en absoluto e incluso respondía con no pocos ademanes galantes. Sin esperar a que el júbilo se mitigase, el heraldo tomó de nuevo la palabra:

—Nuestro rey, dando muestra inefable de su infinita sabiduría así como de su recto juicio, ha devuelto a lo más alto de la civilización a nuestro país. Donde había piedra, él dispuso mármol; donde el agua no saciaba, él cavó pozos y alzó acueductos; donde antes había hambre y sed, él trajo la abundancia. Y ahora, donde antes sólo había yelmos rotos, espadas romas y flechas quebradas, nos ofrece, como aliados y hermanos, al ejército más poderoso que los siglos han visto jamás pisar la tierra —tomó entonces aliento y, muy lentamente, como si quisiera dar cuenta de la pesadez de

sus palabras, exclamó: —¡Lastrios, salud al rey Clovis de Varnia y a sus todopoderosas tropas!

Las alharacas se transformaron en puro éxtasis. Los vítores en un zumbido brutal. De pronto, como el graznido de una imperiosa águila, una trompeta rasgó el cielo y un sonido sordo y creciente acalló a las masas. El portón de Frido, construcción centenaria y entrada simbólica a la capital del reino, abrió sus puertas lentamente. Todas las cabezas se giraron expectantes para ver cómo los estandartes varnios daban por comenzada la llegada de las huestes aliadas. Aparecieron hombres de mirada grave, con un físico curtido bajo las penalidades del desierto y la necesidad. “Soldados puros, al fin y al cabo”, pensó Azos con cierta admiración. Formando un cuadrado perfecto de ocho filas y otras tantas columnas, los varnios portaban las insignias del reino del oeste. No eran opulentas, ni siquiera podía decirse que, aun en su modestia, fueran bellas o majestuosas. Los símbolos de Varnia, tremolados por los rudos hijos de los eriales occidentales, hicieron temblar a quienes los contemplaban. Uno de los estandartes era el cráneo de una bestia desconocida, de esas que las leyendas sitúan en las faldas del Confín del Norte. Otro era de madera vieja y agrietada, pero que aún representaba con fidelidad una calavera sin mandíbula. Incluso había representaciones de sus terribles dioses; divinidades crueles y salvajes, protagonistas de mitos oscuros que inundaban la cultura varnia.

Tras las insignias desfilaron los lanceros, y luego, los ballesteros. Todos al son de tambor, trompetas y cítaras, que reproducían monótonas pero enérgicas melodías castrenses. Seguidamente, con el rumor creciente de los cascos, marcharon las caballerías. Decenas de monturas, vistiendo bardas y gualdrapas ajadas y poco vistosas, con intensas reminiscencias de lucha, atravesaron la avenida. No eran caballos bellos y los varnios, desde luego, no se habían preocupado en adornarlos. No resultaba difícil descubrir cicatrices en los muchos animales que desfilaban. Desde el belfo hasta los corvejones; alguno no tenía orejas, e incluso los había tuertos. Sin embargo, las bestias de la estepa de Varnia eran fiel reflejo de sus amos: fuertes, de músculos prietos y con una capacidad innata de sobrevivir siempre ante la adversidad; ora proveniente de la naturaleza, ora consecuencia

de las eternas guerras tribales.

Muchas naciones se preocupaban por mostrar un color característico que los hiciera reconocer fácilmente. Si los lastrios veneraban el rojo y los aladanos el azul, para los varnios lo importante era el uniforme y el acero; daba igual de qué color fueran estos. Por ello, los lastrios contemplaban, mitad entusiasmados, mitad cohibidos, cómo un río sucio, ágil y prominentemente ocre, fluía con indiferencia por la principal vía de la capital del reino.

Entonces, sin previo aviso, con la hosquedad propia del oeste, llegó el momento que todos los presentes habían estado esperando impacientes. Bajo el portón de Frido aparecieron el rey Clovis, señor de las estepas occidentales y unificador de Varnia, y sus cinco legendarios generales: los Maestros. El monarca, hijo del caudillo Krum, viajaba en una carroza pobremente preparada para la ocasión. El rey Albino, como se le conocía, era todavía joven, no especialmente alto, pero sí robusto, de anchos hombros y largos brazos. Vestía como sus soldados, sin ningún tipo de decoro; la única diferencia era un olifante de marfil reluciente en el pecho. Con rictus serio, Clovis estaba flanqueado por dos ancianos con saya azul profundo, otrora consejeros de Krum y ahora fieles edecanes del Unificador.

Azos, Turel y Dafis apenas dedicaron unos segundos a la figura de Clovis. Sus ojos no se fijaban en el tosco carruaje del monarca, sino en las cinco figuras imponentes que lo precedían. Cinco jinetes que, al paso, formaban un diamante de otras tantas puntas. Los cinco grandes Maestros. Uziel, el caudillo de la tribu Asar, moradora del Confín del Norte, cuyo rostro desfigurado y horrendo alimentaba los rumores sobre su sangre sarga. Damán, el más joven de los cinco, de quien decían que sus iris se habían teñido de rojo por la sangre derramada en las batallas. Nihab, el bello, el soberbio. De un físico descomunal e imponente y un porte aristocrático insultante para muchos. Inseparable, como siempre, de su guisarma cambiante. Entre sus hombres no faltaban

testigos que afirmaban haber visto crecer la alabarda con cada carne mordida en el combate. Mudjín, soldado perfecto y mejor estratega. El brazo ejecutor de Clovis, y de Krum en el pasado, a la hora de llevar a cabo la unificación de Varnia. Y por último, el protagonista de cientos de historias de soldados, las cuales, con mayor o menor precisión, siempre le dejaban en un lugar casi mitológico. El gran Quinto. Uno de los últimos descendientes de un imperio milenario del oeste. Reservado a la par que imponente, su leyenda recorría de norte a sur y de este a oeste todo el continente.

—Ahí están —comenzó a decir Dafís sin apartar la vista—. Los cinco Maestros de Varnia. Los únicos hombres sobre la tierra capaces de ganar batallas y conquistar reinos sin otra arma que esgrimiendo sus nombres. El más joven de ellos, Damán, no es mucho mayor que yo, y aún así emana ese halo sobrecogedor propio del Diamante. Parece haber vivido ya un millar de vidas.

Azos no escuchaba a su hermano. Miraba fijamente a Quinto. El pelo cano, casi plateado, la cicatriz que surcaba su rostro, la armadura oscura y el caballo negro azabache daban buena cuenta del poderío de su figura.

La música cesó y los invitados llegaron a pocas toesas del trono. La carroza de Clovis se detuvo. El monarca albino se incorporó con aparente desgana. Mirando a Novalis y alzando poco una voz áspera mas firme, dijo:

—Gran rey Novalis, hijo de la casa de los Galba, señor de Lastria y legítimo soberano de Mistría; hasta ti he venido yo, Clovis, señor de Varnia, para abrazarte como a un hermano y sellar con mi sangre el pacto que ya mi difunto padre, Krum el Victorioso, soñó durante toda su vida. Como acabáis de admirar junto a vuestra familia, os ofrezco mi honor y mi espada.

Clovis hizo una corta reverencia y todas las miradas se posaron ahora en su homólogo lastrio. Novalis no se había pronunciado hasta el momento. En mitad del silencio sepulcral que se respiraba en toda la avenida, se levantó de su trono y respondió:

—Yo os saludo, hermano, pues ése es el apelativo que usas conmigo, y os abro las puertas de mi

reino. Mis súbditos, los lastrios, todos aquí reunidos con alegría, dan fe con su presencia de nuestras intenciones para con vosotros, bravo pueblo del oeste. Os ofrezco mi casa y las grandezas de nuestra tierra. Contad como vuestras las magníficas arquitecturas de Harsi, Uguria o Yolel, de la misma forma que nosotros nos enorgullecemos de los hijos de Varnia. Tal y como soñó una vez, estando yo presente, el formidable Krum, vuestro padre, alcemos juntos nuestros estandartes y sellemos para siempre nuestras alianzas.

El heraldo se acercó al rey portando un estandarte triangular de terciopelo rojo y motivos dorados que representaba el Yelmo Rojo dentro de una llama, símbolo de la dinastía Galba. Clovis, por su parte, cogió con sus propias manos una simple bandera oscura. Descendió de la carroza y comenzó a subir los escalones de la entrada del palacio, al encuentro de Novalis. Cuando se encontraron, intercambiaron las enseñas, se giraron mirando a la masa presente, y cruzaron los pendones. El pueblo rugió, los soldados de ambos países clamaron y la plana mayor de Novalis, sus hijos incluidos, aplaudieron entusiasmados. Sólo se produjo un hecho discordante, aunque fueron pocos los que se percataron. Los Maestros, aún sobre sus monturas, parecían obviar el boato de la alianza. Azos, atento, buscó la mirada de Dafis, quien también había reparado en la indecorosa actitud de los generales aliados. Ambos torcieron el gesto, ofendidos. Dirigieron entonces sus pasos hacia el interior del Yelmo mientras que el ascendente griterío de las calles, preludio de la gloriosa era que se avecinaba.



El sol no había aparecido en todo el día, pero por la luz cerúlea que impregnaba el interior de la tienda, se adivinaba su pronta huida por el oeste. Se sentía agotado y se desplomó sobre una butaca añeja. Estiró las piernas generosamente provocando ese cosquilleo muscular que tanto placer le producía, pues siempre lo asociaba al trabajo bien hecho. Con la punta de la bota izquierda comenzó a retirar torpemente el barro que se adhería al talón derecho. La lluvia no paraba y el traqueteo

sobre la lona de la tienda era cada vez más intenso. Miró al techo, buscando signos de humedad. Lamentablemente encontró demasiados para una estructura de esas características.

—¿Cómo has podido sobrevivir aquí tanto tiempo? —preguntó.

El otro, en profundo silencio, animaba unas brasas ardientes dentro de un trípode metálico. Apenas una diminuta estrella anaranjada en un mar azul cada vez más oscuro.

—Deja de preocuparte —prosiguió el primero ante el silencio del otro—. Mis hombres relevarán a los tuyos y antes de que acaben estas lluvias derribaremos esos muros. —Se incorporó, brioso, y dio dos pasos hacia el otro—. Lo hemos conseguido. Sólo queda esta región.

—¿Y no has notado nada extraño durante el camino? —interrogó el segundo, con la voz rajada y la mirada aún perdida en las ascuas.

—Hemos caminado tres días y tres noches desde Ashla. El condado está totalmente arrasado y sus habitantes han muerto. Sólo se ven cadáveres calcinados, casas y granjas derruidas, y los sargos como trofeos en jaulas. Y, ¿qué? ¿Acaso no has visto horrores incluso peores? Eres de una tierra parecida, si no más terrible; no me creo que dudes ahora.

—Es la raza de Uria. Ni siquiera los sargos se atreven a poner las zarpas sobre su tierra, y los que lo hacen acaban empalados al aire libre para que los siguientes insensatos cambien de parecer. Nadie ha intentado lo que nosotros antes y he aquí el resultado.

—¿No me has oído? —preguntó alzando la voz- Los pocos que escaparon a vuestro avance han caído ante el nuestro. Ya no queda más que campos de ceniza y silencio.

—Piensa en la lógica de nuestras armas y nuestros hombres, piensa bien. Ahora, piensa en que todo desaparece por una extraña luz. No queda nadie dentro de la fortaleza, hermano, nadie. Y aun así somos vencidos una y otra vez.

Conocía bien a su compañero y amigo, pues habían pasado mucho juntos, por ello creía en unas palabras que cualquier otro hubiera tomado por locuras. No supo exactamente qué responder. Sólo se limitó a decir:

—Nada ni nadie puede pararnos.



—Esto sí, porque no es ni nada ni nadie.